

mismo Carlos III y otros para conmemorar a la virgen de Guadalupe y a otras devociones, son los materiales que permiten a Iván Escamilla construir tanto la visión política y religiosa de un criollo, como las condiciones críticas que se vivían en España y en Nueva España durante la última década del siglo XVIII. Junto a la decadencia política que significó el gobierno de Carlos IV se nos presentan los problemas que enfrentaron una vez más a las dos máximas autoridades del virreinato, el arzobispo Núñez de Haro y el virrey Revilla Gigedo, teniendo como fondo la guerra de España contra Francia. En ese marco político se desarrolló también la última disputa teológica del siglo XVIII sobre las apariciones de la virgen de Guadalupe; Uribe fue el encargado de censurar el escandaloso y excéntrico sermón del padre Mier, último episodio de un guadalupanismo que pretendía explicar el milagro a partir de la racionalidad ilustrada. Con este broche se cierra un libro lleno de novedosas propuestas, por el que transitan las acciones de un personaje y los cambios que vivió la Nueva España que le tocó vivir. Con una afortunada combinación de biografía y de historia social, política y cultural esta obra nos ilumina una época y nos la hace cercana y humana.

Además del numeroso acervo do-

cumental que maneja y de la cantidad de fuentes secundarias que consultó, el libro de Iván Escamilla tiene a mi modo de ver varias cualidades que merecen destacarse. Gracias a él podemos reconocer la segunda mitad del siglo XVIII como una época que merece estudiarse por sí misma y no sólo como un antecedente de la Independencia. Con su estudio se resalta la importancia de la Iglesia y de las comunidades eclesíásticas en la sociedad novohispana y se muestra a una institución que colaboró activamente con la política regalista, cuyo éxito se debió en buena medida a ella, y no sólo como víctima de tal política. La Iglesia y sus miembros son vistos como piezas fundamentales del acontecer histórico de ese momento; insertados en el poder, en los negocios y en las relaciones familiares participan activamente en el proceso de adecuación entre la nueva realidad y los viejos valores.

Una segunda cualidad de este trabajo está en la explicación de unos procesos generales a partir de hechos particulares. Al hacer un estudio de caso, el autor nos pinta el paradigma social en medio de una situación de ruptura. Gracias al análisis del comportamiento de un personaje que actuó en condiciones profundamente cambiantes y que tuvo injerencia en varias instancias claves relacionadas con esos

cambios, se iluminan los mecanismos que vinculan a los individuos con los grupos y a las normas con las prácticas. En este texto queda de manifiesto la relación existente entre el actor social y su entorno.

Y la última, y no menos importante de sus cualidades, es aquella relacionada con la forma literaria en la que el texto está escrito. Su claridad y precisión van unidas al uso de un lenguaje imaginativo y lleno de recursos que hacen de este trabajo no sólo una obra histórica sino también un ameno ensayo literario. A la vez que una historia analítica rigurosamente construida y sólidamente sustentada en un aparato crítico, el libro de Iván es una pieza dirigida a la difusión, donde lo anecdótico se convierte en un recurso explicativo que articula la estructura narrativa y sustenta la interpretación académica. Sin duda esta es cada vez más una exigencia que deben llenar los textos históricos en una época, como la nuestra, en la que la historia, tomando distancia del espejismo que la quiso convertir en una ciencia, está recuperando su carácter literario y sus métodos narrativos tradicionales. El libro que hoy reseñamos puede ser un buen ejemplo de las nuevas corrientes que están recuperando la escritura de la historia para restituírle una de sus funciones más representativas: la de ser un arte del discurso.

La memoria del exilio: una forma de inserción en la historia

Salvador Rueda

Dolores Pla, *Los niños de Morelia. Un estudio sobre los primeros refugiados españoles en México*, 2a. ed.,

México, Conaculta/INAH/Cooperación Española, Embajada de España, 1999.

Hace casi dos décadas, un libro en edición humilde y papel áspero, de pequeño formato y portada sencilla, con la fotografía de un grupo de

niños vestidos de pantalón corto de lana, de cachucha, expresión endurecida y mirada triste, publicado por nuestra institución, descubriría para los lectores interesados la historia de la llegada a México de los primeros refugiados de la Guerra Civil española. El texto, basado en varias decenas de entrevistas y la atenta lectura de los expedientes de más de doscientos de estos refugiados, era resultado de una profesional investigación de la historiadora Dolores Pla en tiempos en los que la fuente oral buscaba su carta de naturalización en la historiografía. La fuerza de los testimonios, el impacto en la memoria de los duros años mexicanos en aquellos niños que el gobierno del general Lázaro Cárdenas había salvado de la crueldad de la guerra y la cuidadosa factura del relato histórico, hicieron de aquel librito de forros blancos un exitoso y buen libro de historia.

Pionero en su momento, la virtud de este libro se manifestó desde el principio; el manejo equilibrado entre las fuentes testimoniales, los documentos y los libros especializados marcaron su eficacia primera. Ahora, con sorpresa, la relectura descubriría que su contenido maduró junto con nuestra manera de ver el mundo. El texto de ambas ediciones apenas varió; sin embargo me atrevería a decir que el tiempo transcurrido entre las dos impresiones producen en el lector dos efectos muy distintos. Podría marcar de entrada algunas de las más notables: hace veinte años era un ejemplo de ruptura con varios y arraigados estereotipos sobre el exilio español en general y sobre los Niños de Morelia en particular; ahora, es memoria de una decisión política que enorgullece en medio de una circunstancia bélica que horrorizó por su violencia; historia de la tenacidad de un grupo de muchachos por adaptarse sin perder identidad y, finalmente, un lla-

mado de atención hacia las amarguras que produce la guerra en la población infantil y hacia la curiosa similitud entre las durezas de los encierros aceptados y los vergonzantes —trátese, en aquellos años, de un internado, un cuartel, o en su extremo, de un campo de prisioneros, durezas que nuestra generación no estaría dispuesta a tolerar pero que entonces se pensaban las únicas que harían de los niños y jóvenes hombres de bien, disciplinados por el trabajo. Vayamos por partes.

Por lo que toca a la ruptura de los modelos anteriores, Dolores Pla explicaba que hasta aquel momento, en

los trabajos escritos en México sobre los refugiados españoles no se menciona a los Niños de Morelia más que de paso y sólo a veces. Son trabajos que han tenido como objetivo fundamental destacar y exaltar la labor de únicamente una parte de los refugiados: los intelectuales [...] Pero el exilio republicano español no estuvo constituido solamente por la élite intelectual, es más, los exiliados no eran mayoritariamente intelectuales. Sin embargo, pareciera que hay poco interés por saber qué pasó con esta mayoría.

Pla ajustaba cuentas: en la historia el número es importante; y tocar la historia de los Niños de Morelia equivalía a acercarse a la realidad particular de un grupo numéricamente significativo de exiliados, gente común con historias silenciosas, anónimas, como las de cualquiera de nosotros, como las de cada uno de nosotros.

Otro estereotipo más se quebrantaba con esa bien planteada investigación; el cambio se basaba en un punto de partida distinto, en

una perspectiva más amplia y propiamente historiográfica:

Cuando se habla, o se escribe, de los Niños de Morelia —argumentó la autora— se dice que son producto de la solidaridad del México cardenista con la República Española. Se habla de un acto generoso y humanitario. Con ello se explica, en el mejor de los casos, únicamente su llegada a México. Como suele suceder con el exilio en su conjunto, poco se sabe de lo sucedido después, de lo sucedido en estos 40 años (hoy sesenta años). La historia de los refugiados españoles no termina con su llegada, sino que justamente empieza con ella. Ir rescatando y describiendo lo sucedido con los Niños de Morelia ha significado descubrir no sólo una historia particular dentro del exilio español, sino una historia que en ocasiones se contradice con la imagen idílica generalmente aceptada del exilio.

Podría agregarse algo más; uno de sus entrevistados, el andaluz don José Dobra, sintetizó esta verdad con su experiencia vital; le dijo a Dolores Pla: “Lo triste de la guerra, ser refugiado desde que salí de mi casa.” No hubo pronto regreso; lo triste, entonces, es ser víctima de la guerra toda la vida.

A lo largo de cinco capítulos, la investigadora desdobra los principales puntos que rodearon una historia —dura, como todas— y determinaron quinientos destinos. Gran amplitud concede al efecto de la guerra y al aislamiento definitivo de la República Española. Una suerte de historia de las mentalidades, en la que se busca en el pasado aquello que existió pero que no se puede ver. La guerra generó miedos. No se relata la violencia, sino ese espectro, esa realidad invisible pero historiable

que es el terror y el quebranto de las personalidades que causa la guerra. Junto con la desintegración de las familias, las mentes de los niños fueron marcadas a fuego. En aquel momento México salía también de la violencia civil revolucionaria y de la llamada guerra cristera; los niños españoles llegaron a este país durante el cardenismo, “Termidor” de la revolución mexicana y momento de un optimismo creador que duraría hasta los años ochenta. Entonces el gobierno se haría responsable de los pequeños refugiados. Ofreció mantenerlos dignamente y educarlos. Llegaron, luego de recibirlos festivamente, en la Escuela Industrial España-México.

Como todas, la de España era una guerra de adultos que se trasladó a los jóvenes y niños. No faltó la intención de convertirlos en vehículos de propaganda, soldados sin voluntad. Se les quiso ver, en algún momento, como “pequeños embajadores de la tragedia española”. Inútilmente, podría agregarse. Ellos tenían sus propios temores y fantasías. Trajeron la guerra en su corazón, como una pesadilla. Muy pronto los niños que recibió el gobierno mexicano se vieron enfrascados en la lucha por adaptarse a su nueva realidad, por ajustarse al entorno moreliano recientemente salido de la guerra cristera, por mantener sus identidades hispanas y disfrutarlas con provocadoras travesuras. Al principio el trauma de la violencia se rompió con los ritmos de la cotidianidad. Don José Dobra recordaría: “No veníamos dóciles, veníamos difíciles. Tan difíciles veníamos que oíamos cohetes y nos escondíamos, u oíamos sirenas y nos escondíamos, porque veníamos con esta cosa de la mentalidad de la guerra.” Don José Ortiz también imaginó las geometrías de los instrumentos de la guerra en el ya pacífico Morelia:

me dio mucho susto. Algunos edificios tenían desagüe de las azoteas, tenían un tubo, así, largo, parecía una ametralladora. Dije —Anda, como les dé por disparar a esos señores. [...] La experiencia que yo había tenido en la retirada de Málaga, que yo ya pensaba mal de todo y a mí aquello se me figuraba que eran ametralladoras apuntándome.

No es posible saber cuánto tiempo los niños soñaron con tiros y bombardeos. Pero otras serían sus urgencias, asimismo ajenas a la propaganda política propia de los contendientes en la península. Tampoco hubo intentos propagandísticos por parte del general Cárdenas ni de sus más cercanos colaboradores, aunque sí fueron centro de polémicas periodísticas y de careos de dudosa trascendencia. El mundo dentro del mundo de los niños estaba señalado por las paredes de la Escuela Industrial España-México; dentro, mirados a veces con complacencia y otras con recelo, los internos estaban preocupados por aguantar nostalgias e inventarse la esperanza de ver nuevamente a sus padres —o, cuando menos, de recibir sus cartas y noticias. Los niños que llegaron al internado en Morelia llevaron conductas libertarias, vocabularios de confrontación y rebeldías trasladadas de la guerra española, lo que resultó en reducir la paciencia de las autoridades de la Escuela, en muchas infelicidades de quienes se sintieron en la orfandad y sin más familia que el grupo mismo, y en poca propaganda política real. Los problemas diarios ocuparon su tiempo. No sin pleitos; doña Nuria Latorre recordaría una insurrección infantil que desdoblaba ejemplares adultos durante algún conflicto obrero español: “Trasplantaron a la realidad de la escuela de Morelia lo que habían visto hacer en Barce-

lona [...] la euforia de la revolución y la libertad.”

La rebelión contra los directores de la Escuela se resolvió en renunciaciones y en recuerdos anecdóticos. Pero lo más duro, lo más amargo, no era la disciplina impuesta por las autoridades escolares sino, condición humana, el ejercicio del poder de los niños más grandes. Dolía el desarraigo de sus familias más que de un país; y dolía también la existencia de esa que Primo Levi —vida paralela en muchos sentidos— llamó “zona gris”, área hostil que ocuparon otros internos a cuenta de pequeños privilegios. Permítaseme detenerme un poco en este punto. Estos jóvenes se encargaban de la vigilancia dentro del grupo y no guardaban ninguna consideración hacia sus compañeros. De ellos partió la violencia cotidiana, brutal, que derrumbaba cualquier resistencia moral. Y en ello radica uno de los aciertos del estudio de Pla: develó una faceta de la conducta que, ahora lo sabemos, volvía vecinos a los internados, a las prisiones, a los grandes establecimientos industriales de corte decimonónico y, en su orilla más equívoca, a los campos de concentración. A riesgo de exagerar, pienso en las similitudes del relato de los Niños de Morelia entrevistados sobre esta suerte de “guardianes” nombrados por el director de la Escuela, la descripción que hiciera Carlos Roumagnac de las terribles relaciones de poder entre los niños presos en Belém durante la última década porfiriana, los recuerdos de los antiguos peones de las haciendas centrosureñas de México y luego veteranos zapatistas acerca de sus capataces en el campo, y el relato del mismo Primo Levi en *Los hundidos y los salvados*. Dos testimonios de Niños de Morelia dan fe de esta situación, el de José Dobra y el de Antonio Aranda. El primero contó:

Había pandillitas de mismos españoles que castigaban muy feo a los mismos alumnos, a los mismos compañeros. Y al que no obedecía le ponían unos castigos corporales muy malos para niños. Una hora con un tabique en cada mano, arriba en la azotea, desnudo. Y si no aguantaba pues le daban a uno de palos y otros patadas en todo el cuerpo. Sí, había líderes malos. Había líderes buenos en que nos apoyábamos todos los que queríamos que no nos maltrataran, que no nos golpearan. Pero [de] las pandillas de malos había más que de los buenos.

Por su parte, el señor Aranda recordó que estos muchachos de la “zona gris” tenían

un poco de mejor alimentación y tenían consideraciones del director, podían llegar un poco más tarde a la escuela, tenían más “pre” [más dinero], o sea, que sí tenían ventajas, cómo no iban a tenerlas si nadie trabajaba por amor al arte, ¿no? [...] Su posición era por la fuerza, no era por la lógica o porque eran serviciales o comprensivos con los problemas de los demás, era por la fuerza [...] Eran los que eran más rebeldes pero, al atraérselos el director, pues lógicamente los tenía de su lado y podía manipularlos como quería.

El espíritu rebelde de los niños marcaba personalidades que deberían ser útiles en una España revolucionaria, que entonces buscaba sitio histórico. Pero esa España no pasó de ser un deseo militante. Los Niños de Morelia tuvieron que quedarse en México; y crecieron con el estigma de la inadaptación y la rebeldía desatada, según revela Pla a través de una equilibrada investigación en testimonios orales y escri-

tos. Pasaron los años y no se quitaron el peso de la guerra y la fama de rebeldes, sobre todo entre los españoles antiguos residentes y entre los refugiados que entonces llegarían. Tan grande era la pasión política. Esa guerra, como todas, se ganó con el ejercicio de la fuerza y su relación con el poder de fuego de sus soldados. Escribió la historiadora:

La República no pudo conseguir armas pero en cambio contó, más allá de los Pirineos, con magníficos propagandistas. Voces solas o agrupadas en comités de solidaridad, las mejores voces de su tiempo, se alzaron para defender a España. Voces de ira que nos llegan hoy, todavía, en magníficas imágenes, poemas y libros.

Los niños eran repositorios de un lenguaje de lucha:

Fascismo, democracia, república, revolución, eran palabras con un contenido preciso, por las que se podía dar la vida. Y este contenido preciso se traducía en verdaderas tragedias vividas por individuos muy concretos, especialmente por la niñez española.

La tragedia de los Niños de Morelia, pues, se originó en España y continuó en México.

Uno de los temas que con mayor lucidez trata el libro es el difícil de la identidad española —y más en un contexto de batallas de pluma y papel entre “hispanistas” e “indigenistas” que creían definir el ser mexicano. Los actores se multiplicaron alrededor de los jóvenes refugiados: españoles antiguos residentes, refugiados recién llegados, mexicanos enemigos del régimen liberal, católicos militantes y patrones abusivos desfilan por los recuerdos de los Niños de Morelia, en un orden cronoló-

gico que se vuelve preciso por la mano de la historiadora. El problema de la identidad debió herir por momentos; de ahí su presencia en la memoria. Escribió Pla:

La estancia en Morelia, si bien significó la formación del grupo como tal, fue también un periodo en el cual su identidad como españoles se deterioró y sólo habría de ser recuperada parcialmente con el contacto que establecieron después con los otros españoles de México, particularmente con los refugiados. Este contacto significó una oportunidad de ser españoles, además de Niños de Morelia.

Únicamente habría que agregar que, para algunos, ese contacto no fue terso; sin embargo, cierto espíritu de fortaleza impidió el sentirse totalmente desarraigados: la clara intención de no querer perderse el gusto de ser español, el placer de saberse sobreviviente en una geografía conocida pero ajena.

En diciembre de 1943 salieron los últimos niños de la Escuela de Morelia. Comenzó la dispersión y la agrídulce edad de valerse por sí mismos. Las Casas Hogar solucionaron problemas por algún tiempo. Para entonces, sin mayor guía que el instinto —y quizá no muy diferente que el de los jóvenes mexicanos de esa época— comenzaron a armar sus vidas individuales.

En este momento de lo que llamo la dispersión —explica Pla—, una vez más se pone de manifiesto la otra parte de la historia de los Niños de Morelia. Es aquella que no se refiere a la solidaridad humana o a la solidaridad intraétnica y que muestra, en cambio, que casi toda la ayuda que los niños recibieron estuvo profundamente marcada por intereses políticos.

Con la derrota de la República española, la suerte del grupo estaba echada.

En el recuento de la dispersión podría haber concluido esta historia de los Niños de Morelia. Pero Dolores Pla rastreó los pasos siguientes de los adultos. El capítulo final es ejemplar en varios sentidos. No es el menos importante el de las comparaciones cuantitativas, que se revelan útiles para justificar el quiebre básico con los estereotipos que por años anquilosaron las historias de los refugiados y exiliados españoles. Cuentas claras, llevadas con pulcritud y sencillez, que ubican en su justo lugar a los Niños de Morelia con respecto a la cantidad de españoles llegados en aquellos años. Pero también los ubica en el resultado a largo plazo de las políticas gubernamentales en educación, en su relación con el Estado mexicano y con los otros españoles —antiguos residentes y refugiados de la guerra civil. El relato logra su propósito cuando explica la situación de los Niños de Morelia durante sus vidas adultas. Tal vez el éxito de cualquier narración histórica radique en su solución final, cuando explica el suceso pasado y sus resultados en la vida de los

hombres. Cuando se abre al destino. Es aquí donde el libro de Pla cierra correctamente el círculo narrativo. En junio de 1937, casi medio millar de niños españoles llegaron a México asilados por el gobierno de Lázaro Cárdenas. Se calculaba que su estancia no rebasaría unos cuantos meses, en los que se les ofrecería educación y una vida digna dentro de un internado. El exilio se pensó temporal. Pero el destino diría otra cosa: la derrota de los republicanos y el largo gobierno franquista volvieron a México no un refugio sino espacio social y nacional en el que vivirían. Y aquí, en esta geografía y en esta sociedad supieron sumarse, sobrevivir y destacar.

El *pathos* de la distancia existe. Sesenta años han pasado desde que los Niños de Morelia llegaron a nuestro país. Las pasiones políticas de aquel momento se enfriaron con el cambio generacional. Hoy no se trata de dirimir diferencias ideológicas, como sucedió desde los años treinta hasta casi mediados de los setenta. El reto ahora es evitar que se olvide ese capítulo de la historia del exilio. Tal es la función de esta reimpresión. Pero depara una felicidad adicional al lector. Hoy, casi

veinte años después de la primera edición, la misma narración, corregida y enriquecida con fotografías, invita a una lectura con resultados muy distintos. No sin perplejidad, volver a leer la historia de los Niños de Morelia, entender sus testimonios y reconsiderar la interpretación propuesta por Dolores Pla se descubre en una muy distinta dimensión. Más allá de la atractiva edición que reactualiza esta historia de exiliados políticos, de las rudas costumbres educativas de una época, de conflictos políticos en México y en España y de generosidades y gratitudes que por fortuna no se ensombrecieron ni olvidaron como consecuencia de las crudezas del momento, este libro es muy distinto a su original. Hoy se descubre también como una suerte de astucia más que humana, como forma del equilibrio del universo: este libro es la huella de una función vital, la de la memoria de los sobrevivientes, la de las imágenes trasladadas a palabras de una lección que no se debe olvidar. La tarea de los Niños de Morelia sería la de hacer públicas sus experiencias, en primera persona; al recordar, encontraron su lugar en la historia.

México solidario

Dolores Pla

José Antonio Matesanz, *Las raíces del exilio. México ante la guerra civil española 1936-1939*, México, El Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México, 1999, 492 p.

José Antonio Matesanz fue pionero en el estudio del exilio republicano español en México y ha dedicado diversos estudios al tema. La recopilación que publicó bajo el título *México y la República española 1931-1937. Antología de documentos* es sin ninguna duda un libro fundamental para acercarse al tema de

las relaciones México-España y a la historia del exilio; no hay investigador que se ocupe de estos asuntos que no tenga que recurrir a él. El ensayo "La dinámica del exilio" ha resultado durante largo tiempo útil y sugerente, y en su momento abrió la puerta a pensar la emigración republicana española a México de ma-